

“En febrero de 1945, con su sueño totalitario convertido en pesadilla, los soldados aliados presionando desde tres direcciones de la brújula continental, y ya con la certeza de la derrota, Adolf Hitler dedicó unos momentos preciosos a un análisis retrospectivo. Su objeto era encontrar una explicación satisfactoria de la total destrucción de su imperio [...] en el curso de estas deliberaciones un solo tema volvía una y otra vez: ¡España! ¡Ahí estaba la clave de la derrota alemana! Hitler observaba: ‘Aprovechando el entusiasmo que habíamos despertado en España y la conmoción que habíamos provocado en los británicos, tendríamos que haber atacado Gibraltar en 1940, inmediatamente después de la derrota de Francia’. Mientras contemplaba el final prematuro de su Reich Milenario, el Führer encontró en el tropiezo español una racionalización suficiente de su fracaso.”

Lo que sigue es una historia de la victoria diplomática anglo-americana en España durante la Segunda Guerra Mundial, una victoria que raramente es reivindicada y nunca celebrada. Es también la historia de siete personajes en Madrid, protagonistas de esa victoria: del Generalísimo Francisco Franco Bahamonde, Jefe de Estado español y Caudillo de España; de sus ministros de asuntos exteriores, el coronel Juan Beigbeder Atienza, don Ramón Serrano Súñer, el general conde Francisco Gómez Jordana y Sousa; del embajador británico en España, sir Samuel Hoare, y de los embajadores americanos Alexander W. Weddell y Carlton J.H. Hayes.

Otras dos personas contribuyeron a esta victoria diplomática aliada, si bien estaban muy lejos de desearlo. Son Adolf Hitler y José Stalin. Hitler hizo una enorme contribución cuando decidió, con mucha renuencia, no enviar un ejército a través de España a Gibraltar y el norte de África en 1941, como había sido su intención, sino atacar primero a Rusia. Y Stalin hizo una contribución comparable resistiendo a Hitler y ayudando a derrotarle.

La implicación de Hitler y Stalin en España, por supuesto, comenzó antes de la Segunda Guerra Mundial. Durante la prolongada y destructiva Guerra Civil, que apenas había terminado cuando empezó la Guerra Mundial, Stalin había apoyado a las fuerzas republicanas. Hitler, por su parte, con una ayuda efectiva y en el momento oportuno, había hecho posible la victoria de Franco sobre la República, con ello convirtiéndole políticamente en su deudor. O al menos eso pensaba.

Los actores en nuestra historia difieren grandemente entre ellos, en cuanto a carácter e ideología. Tres de ellos, Serrano, Hoare y Hayes, escribieron libros donde refirieron con detalle lo que habían hecho o intentado hacer en España. En estas obras cada uno de ellos reveló mucho sobre los otros y también sobre sí mismo, incluyendo algunas cosas que no habrían deseado revelar. La lectura de esos libros y de otros materiales disponibles así como, naturalmente y en primer lugar, mi propia experiencia y observaciones como consejero de la Embajada y encargado de negocios *ad interim* en Madrid, han confirmado la opinión que yo había tenido en España: que los Estados Unidos y Gran Bretaña, juntos, obtuvieron una victoria diplomática que tuvo una fuerte influencia en el curso de

la guerra. En efecto, si nuestra política española hubiese fracasado, la Segunda Guerra Mundial podría haber durado mucho más y costado un gran número de vidas adicionales. O podría haber sido mucho más corta. En cualquiera de los dos casos podría no haber terminado con un triunfo aliado.

Al mismo tiempo debe ser reconocido que la principal victoria en España no fue nuestra, aunque su resultado nos favoreció de manera dramática. Fue de la misma España. Sería fatuo sugerir que, si España hubiera tenido una política distinta a la que tuvo de mantenerse fuera de la participación activa en la guerra, de cualquier manera el resultado habría sido la victoria que los españoles y nosotros, los británicos y los americanos, obtuvimos.

Según Madariaga los dos rasgos constantes de la vida pública española se pueden simbolizar en las palabras *dictadura* y *separatismo*. Hoy España está involucrada en el último de una larga serie de esfuerzos para alcanzar unas instituciones libres duraderas y la unidad nacional. Quizá este pequeño volumen acerca de España en la segunda Guerra Mundial ayudará, en alguna medida, a arrojar luz sobre este nuevo y laudable esfuerzo.

FRANCO

POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA

El 27 de junio de 1940, unidades acorazadas alemanas, penetrando través de una Francia derrotada, alcanzaron la frontera noroccidental española, en su camino –muchos pensaron- hacia Gibraltar, último pequeño enclave británico en el continente europeo y objetivo natural para los ejércitos de Hitler. Gran Bretaña y su desperdigado Imperio ahora luchaban solos, mientras el sentimiento contrario a la guerra en Estados Unidos seguía siendo fuerte. Pasarían tres meses antes de que el Presidente Franklin D. Roosevelt fuera capaz de arrancar un borrador de resolución a un Congreso relucante; incluso entonces, muchos de los reclutas tendrían que entrenarse con palos de escoba en vez de rifles, y caballetes simulando ametralladoras. Pasaría aún año y medio antes de la entrada en guerra de Estados Unidos, solamente después de que Japón, sin declaración previa de guerra, bombardeara Pearl Harbor.

¿Cuál era la actitud de España hacia Alemania en esa grave coyuntura? Fue esencialmente una reacción a la política alemana hacia España. Los objetivos de tal política eran principalmente: involucrar a España en la guerra del lado del Eje; marchar a través de España y capturar Gibraltar, cerrar la entrada occidental al Mediterráneo, controlar Marruecos y las áreas adyacentes; inducir a España a que cediera a Alemania una de las Islas Canarias, para servir como base de submarinos y proteger África contra la invasión británica o aliada; recompensar a España (o al menos dar a España la impresión de que sería recompensada) con partes del Marruecos francés, por las cuales Francia sería compensada con otros territorios africanos; alcanzar un cierto grado de patronazgo político y económico sobre España, así como sobre el norte y el centro de África.

Esos eran los objetivos alemanes. ¿Cómo respondió España? ¿Cuál fue su política en esa emergencia cargada de peligros en la que se encontró? Su política fue: mantenerse fuera de la guerra si ello le era posible; si se veía forzada a entrar, o si los intereses españoles lo hacían inevitable, involucrarse en la guerra sólo en el último momento, con el menor riesgo y las mayores ganancias posibles para España; mientras tanto sobrevivir, recuperarse de los efectos de su propia Guerra Civil, que acababa de terminar cuando empezó la guerra mundial, y reforzarse lo suficiente como para tener opciones frente a las potencias beligerantes.

La política española apuntaba, en la práctica, a frustrar los designios alemanes. Por tanto era, de hecho, una política pro-aliada. Pero para tener éxito debía basarse en una actitud pública de amistad con las potencias del Eje, con quienes eran nuestros enemigos; y en una actitud de enemistad pública hacia la Rusia comunista, que iba a ser nuestro poderoso aliado.

Franco no tenía una alternativa viable al mantenimiento en público de estas actitudes. Durante la Guerra Civil Rusia había enviado masivamente ayuda al gobierno

republicano. Alemania e Italia, por su parte, habían venido en ayuda de Franco y le habían dado la ventaja que necesitaba para la victoria. Lo más importante de todo, hasta bien después de la invasión de Rusia Franco no tenía defensa contra una invasión por parte de Hitler, excepto la amistad con Alemania que él mismo, sus principales colaboradores y los medios españoles controlados continuaron a profesar hasta el final de la guerra. ¿Dónde estaban los tanques, los aviones, los barcos, las municiones y los hombres para prevenir una penetración alemana a través de España, o para proteger a los mercantes españoles que traían la comida y los materiales que España necesitaba para sobrevivir, de la amenaza de ser torpedeados por submarinos alemanes o italianos? No existían en ninguna parte. Esa era la asombrosa verdad.

Y tampoco los españoles querían ya más guerra. Aun débiles, podrían haberse rebelado furiosamente contra cualquier régimen que amenazase con llevar la guerra a España; a menos, quizás, que la victoria del bando elegido fuera inminente, que la lucha fuese llevada a cabo por otros y que la guerra hiciera la vida más fácil y mejor, en vez de más difícil, para los españoles. Los alemanes prometieron algunas de estas cosas pero el gobierno español no les creyó, ni tenía confianza alguna en que el pueblo español les creyese.

España no anunció su política a los cuatro vientos. Hacerlo habría significado la derrota de esa misma política. No fue fijada por escrito en documentos que estuvieran disponibles para nosotros en ese momento. Tuvo que ser deducida, fue deducida correctamente por el Gobierno británico y, eventualmente, por el Gobierno norteamericano; aunque no siempre por las personas que había en el Departamento de Estado, o del Tesoro, el BOE¹ o el Comité de Operaciones para la Península Ibérica. La guerra en Europa terminó antes de que ningún sector importante mostrara haber comprendido la política española hacia el Eje y la política anglo-americana hacia España, e incluso entonces se llegó a tal comprensión sólo a regañadientes.

Aquellos de nosotros que estábamos en las embajadas británica y americana en Madrid, y nuestros predecesores, dedujimos la sustancia de la política española principalmente aplicando el sentido común. ¿Por qué el sentido común nos decía cuál era la política española? Porque, en la delicada posición en que se encontraba España, y la del mismo Gobierno dentro de España, no había ninguna alternativa viable a esa política. Y en el contexto de tal política todos los actos de España podían ser racionalmente explicados.

La Guerra Civil había costado probablemente a esa pequeña nación más de medio millón de muertos. El país estaba postrado económicamente y emocionalmente. Su agricultura era inadecuada para alimentar a su población; su sistema de transporte estaba anticuado y en parte inoperante. Habían sido destruidas o dañadas fábricas, y las que quedaban intactas carecían de muchos de los materiales necesarios para operar. Los españoles estaban divididos política y espiritualmente. Estaban al borde de la inanición y

¹ Board of Economic Warfare, organismo creado en 1940 para gestionar las licencias de exportación e importación, especialmente en lo referente a recursos estratégicos [N. del T.]

dominados por el agotamiento, tras la sangría que había tenido lugar, que había suscitado intensas pasiones en muchos países del mundo.

¿Entonces, cuál fue la política anglo-americana en tales circunstancias? Fue la siguiente: ayudar a España a permanecer fuera de la guerra principalmente a través del recurso de comerciar con el país, proporcionándole las mercancías que necesitaba para sobrevivir y que limitarían su dependencia de Alemania; privar al Eje, en la medida de lo posible, de los beneficios que pudiese intentar obtener de España; y obtener para nosotros mismos todos los beneficios posibles que resultaran de una España neutral o no beligerante.

El comercio podía no ser un arma muy efectiva para lograr nuestros propósitos, pero hasta que los aliados no tuvieran suficiente fuerza militar en Europa, era casi nuestra única arma. Alemania, por supuesto, tenía la misma arma, pero la nuestra era con diferencia más poderosa.

Nuestra política no es que fuera sólo racional; como a la política de España, no había una alternativa racional. Pero no era fácil llevarla a cabo. Durante la Guerra Civil la opinión americana había sido favorable a la República. El hecho de que, incluso antes del estallido de la guerra, los republicanos hubieran quemado más de un centenar de iglesias católicas, asesinado a gran cantidad de sacerdotes y cometido otras atrocidades contra sus oponentes políticos verdaderos o presuntos, no tuvo mucho peso en la balanza. Ni tampoco su asociación con la dictadura soviética. Los nacionales, en cambio, eran “fascistas” y el fascismo estaba peor visto que el comunismo; además tuvieron el apoyo de la Alemania nazi y la Italia fascista. La parcialidad contra la España nacionalista persistió en los Estados Unidos incluso después de entrar en la Segunda Guerra Mundial. Muchos de nuestros ciudadanos, y quizás la mayoría de nuestra prensa, daban la impresión de que preferían continuar la guerra civil española que ya había terminado, antes de ayudar, con una adecuada acción en España, a ganar la nueva y mucho más amplia guerra que amenazaba con destruir la libertad en todas partes. La pública amistad de España con Alemania y su notoria enemistad con la Rusia soviética hicieron difícil para nuestro gobierno llevar a cabo una política de cooperación con el país. Ello creó un problema para los británicos también, pero menor que el nuestro, puesto que ellos tenían la espalda contra la pared y estaban mejor preparados que los americanos para ver los hechos, más allá de las palabras y los gestos.

Ramón Serrano Súñer, que fue el ministro de Asuntos Exteriores de España durante unos dos años, ha descrito la política de su país durante la guerra con estas palabras: *“Si Alemania no cruzó los Pirineos [...] fue solamente porque había, en este lado de la frontera, un Estado con el que tenía relaciones amistosas, y que no despertó su desconfianza [...] España, a pesar de sus simpatías y su deuda de gratitud, su tradicional sentido de la decencia, y su gran temor del comunismo, podía abstenerse de unirse al Eje en una alianza ofensiva y esto fue lo que sucedió, aunque no fue fácil. Pero lo que no podía hacer era ir a la guerra contra el Eje, o asumir una posición en la que el Eje le hiciera la guerra [...] De esa manera, y gracias al mantenimiento de nuestra amistad, conseguimos el milagro de la no intervención; obtuvimos las demoras y*

aplazamientos que necesitábamos para maniobrar en conformidad con nuestros propios intereses, y no con los intereses de otros”.